

Peter Schultze-Kraft (ed.)

# *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*

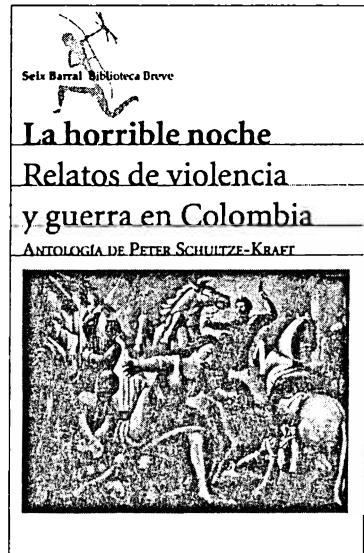
BOGOTÁ: SEIX BARRAL, 2003, 271 PÁGS.

por Luz Mery Giraldo

## LA VIOLENCIA MUCHAS VECES CONTADA<sup>1</sup>

A juzgar por la literatura, violencia y guerra han estado en acción permanente en la historia del país en la última centuria. Así lo ratifican los creadores literarios y artísticos, así como investigadores, sociólogos, polítólogos, antropólogos e historiadores. No es una coincidencia que el siglo XX se inicie con la publicación de un libro de relatos sobre los desplazados y el siglo XXI con una diversidad de libros, entre los que destacaríamos algunas antologías<sup>2</sup>, en las que otros matices del horror se imponen. No es extraño tampoco que, en el segundo semestre del 2003 y acompañados por un curso de Historia de Colombia del siglo XX, se exhiban en la Sala de Exposiciones Temporales del Museo Nacional de Colombia una serie de objetos reunidos bajo el tema *Tiempos de Paz. Acuerdos en Colombia 1902-1994*. Si en el recorrido por la exposición la historia se rastrea viendo la intensidad de distintos momentos, otro tanto se evidencia al hacerle un seguimiento a la literatura colombiana que ha dejado memoria de distintos procesos de violencia.

El catálogo de la exposición afirma que "a cien años de haber concluido la más prolongada y devastadora de las contiendas del siglo XIX, el país está de nuevo sumergido en las ondas de un conflicto armado"; en la contracarátula de *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento* se dice que "el país vuelve a estar en guerra y los desplazados viven, quizás, el drama humano mayor de esta contienda", y en la an-



tología de Peter Schultze-Kraft<sup>3</sup> se afirma que se pone "a Colombia en el mundo permitiendo a la vez que Colombia se mire a sí misma", subrayando que los relatos incluidos "cubren los principales acontecimientos históricos del siglo XX relacionados con hechos cruentos: la guerra de los Mil Días, pasando por la Masacre de las Bananeras, el 9 de Abril, la Violencia entre los partidos políticos tradicionales y el surgimiento de la guerrilla, hasta llegar al ámbito contemporáneo de los carteles de la droga y del sicariato". Entre unos y otros textos y hechos se ratifica que la literatura no guarda silencio frente a la historia, que ha tenido necesidad de contar, decir y afirmar el dolor y el horror.

<sup>1</sup> Peter Schultze-Kraft, *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*, Bogotá: Seix Barral, 2003, 271 págs. A propósito de la literatura de la violencia, proliferaron novelas y cuentos que buscaban exorcizar literariamente la angustia y el miedo. Germán Vargas Canto hizo a comienzo de los años 70 una antología cuidadosa de cuentos de autores del Tolima, entonces menores de cincuenta años, señalando que éstos no se dejaron atrapar solamente por el material histórico e informativo, pues supieron traspasar los límites de la realidad al llevarla a la realidad artística. Esta antología fue titulada: *La violencia diez veces contada*.

<sup>2</sup> *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento*. En visperas del presente siglo la editorial de la Universidad Eafit de Medellín, convocó a narradores a escribir ficciones sobre el tema del desplazamiento, recordando que cien años atrás, sumido el país en la Guerra de los Mil Días, la revista *El Cascabel* invitó a los escritores de la época a recrear el acontecimiento, lo que dio como resultado la aparición en febrero de 1901 de la publicación *El recluta*.

<sup>3</sup> Alfredo Molano, "Pero cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más", *Palimpsesto*, No. 2, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, págs. 16-18.

Recuerda Alfredo Molano que "los desterrados son hijos de la guerra", resultado del 'desentierro', "un corte brutal de la raíz que se hunde en el pasado"<sup>4</sup> y que "en Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas", reconociendo que "es la diabólica inercia de la violencia, que desde antes de 1948, año del asesinato de Gaitán, ha dejado más de un millón de muertos"<sup>5</sup>. Un regreso al pasado no deja perder de vista el presente y permite ampliar el tema.

Como correlato, la violencia identifica diversas etapas y motivaciones de un proceso: las guerras civiles que cierran un siglo y abren otro; la violencia rural y partidista de los años cuarenta y cincuenta y la nueva, después de los setenta hasta el presente. La primera era una guerra entre caballeros de una misma clase, la segunda, de la tensión existente entre la reconocida clase dominante, desde los mismos partidos políticos tradicionales, cuya "conducción en el plano militar la hace el pueblo mismo, especialmente el campesinado", y la tercera<sup>6</sup> "como confrontación entre la guerrilla revolucionaria y el Estado" (Rodríguez, 2000: 149). Esta última se ha complicado y multiplicado de tal manera, que tanto el campo como la ciudad se ven permanentemente amenazados, y ya no sólo se reconocen los enfrentamientos característicos de otras épocas, sino entre diversos grupos integrados por las fuerzas militares, los paramilitares o autodefensas, el narcotráfico y la delincuencia común. Analizando el problema se colige que en los móviles de la violencia aunque han cambiado muchas cosas, se dan continuidades y discontinuidades, diferencia de conflictos y contradicciones diferentes. Huir del campo o del país es, sin lugar a dudas, una manera de proteger la vida, la familia, la integridad y se ha vuelto modo común en los últimos años, aunque ha sido una condición propia de implicados por las circunstancias o afectados por las mismas.

<sup>4</sup> Alfredo Molano, *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, Bogotá: El Áncora, 2001, pág. 13.

<sup>5</sup> Jaime Alejandro Rodríguez: "Pájaros, bandoleros y sicarios. Para una historia de la violencia en la narrativa colombiana". *Modernidad, literatura y otras yerbas*, Bogotá: Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, 2000.

Años atrás, Orlando Fals Borda señalaba que con la violencia se desploma parcialmente "la estructura social tradicional", acelerando cambios radicales que afectaron la tenencia de la tierra, destruyendo gamonalías, impulsando el desplazamiento a las ciudades, fomentando el desempleo y el subempleo, apuntando a la proletarización en el campo y, sobre todo, haciendo "nuevamente visible y palpable la estructura de clase, su diferenciación interna y la naturaleza de la explotación en nuestra sociedad"<sup>7</sup>.

La afirmación de Fals Borda de 1975 puede explicar muchas situaciones del presente y aclarar otras del pasado, si nos atenemos al cierre del siglo XIX, la mitad del siglo XX, los años 60, 70 y 80 hasta hoy, en los que se vive la afectación tanto del territorio rural como del urbano, con la sociedad civil amenazada por la tensión de los diversos polos en conflicto. La llamada Guerra Grande, vivida en el tránsito de un siglo a otro, conocida como *Guerra de los Mil Días*, se hermana en diversas expresiones culturales y va de la mano de otros procesos históricos hasta encontrarse con la Guerra Chica, es decir la de la violencia rural y partidista que embargó de dolor los campos colombianos, prolongándose hasta entrados los años sesenta y convirtiéndose en un hito a mediados del siglo XX con el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán. Lo anterior no puede desconocer situaciones tanto regionales como nacionales, entre cuyos intersticios circula también la huelga y matanza de las bananeras en 1928. Desde los años 70 hasta hoy nuevos giros sacuden el territorio, afectado con las dificultades para negociar entre unos y otros miembros del conflicto que, desde el narcoterrorismo, la guerrilla y el paramilitarismo, generan dificultades diversas tanto en la nación como ante la comunidad internacional.

El desplazamiento hacia las diversas ciudades o hacia el extranjero se recrudece, señalando la continuidad de la guerra y mostrando tanto la preocupación en la política interna y externa como el compromiso social del intelectual y del escritor, cuyos móviles han cambiado también en las más recientes generaciones. Del compromiso que conducía a la denuncia en la primera mitad del siglo XX se ha llegado a un nuevo testimonio o a la perplejidad ante el desamparo y el escepticismo. Si el narrador de los 60 ó 70 mostraba su posición ideológica, su insatisfacción y su compromiso con una necesidad de cambio y utopía, el nuevo escritor, no es consciente de la frustración, la reiteración, la continuidad y el vacío, como puede confirmarse en un balance no sólo de las circunstancias políticas sino históricas re-

creadas en la narrativa. De ello da cuenta la juiciosa antología de Peter Schultze-Kraft: la historia del país, las constantes sociales y políticas, las "muchas violencias simultáneas", el cambio en la noción de compromiso del escritor y la evolución y desarrollo no sólo de temas sino de formas de escritura que autores de diferentes décadas del siglo inmediatamente anterior y en diversos momentos de su obra, ponen de relieve en sus ficciones.

Organizada en orden cronológico y cubriendo desde la Guerra de los Mil Días hasta el presente, la antología (debiéramos decir mejor selección, para hablar con justicia y precisión, ya que ésta no pretende ser una muestra sino una rigurosa selección de textos desde un corpus tejido con la historia) sigue el desarrollo de la violencia e incluye relatos extraídos de algunas novelas, cuentos e historias de vida<sup>8</sup>, hasta ir más allá de una simple compilación de textos de autores de varias generaciones. El resultado de la totalidad de textos señala la necesidad de darle un orden a la literatura que gira alrededor de hechos históricos dolorosos y trágicos que en muchos aspectos nos define la violencia y sus consecuencias. *La horrible noche*, como reza el título de la selección y Schultze-Kraft lo ratifica en el prólogo, recordando cómo inicia sus vínculos con Colombia a fines de 1958 cuando a pesar de las crisis sociales y políticas manifiestas en algunas regiones, veía al país lleno de esperanza.

El lector cree ver en la continuidad de los cuentos y relatos no sólo la realidad de nuestra historia desde un ángulo específico, sino una especie de novela que, como un palimpsesto, se mueve desde ese eje estructurante a través de diversas voces y tonos, al tenor del momento en que éstos fueron escritos, la circunstancia, la perspectiva desde la cual se enfrenta la situación, la sensibilidad del escritor y los distintos registros o estilos propios de cada autor y/o de la época. La violencia política, reconocida como "guerra", dice Schultze-Kraft, la de "las estructuras sociales y el hambre y el crimen que resultan de ellas, la inefficiencia técnica, administrativa y judicial", indudablemente campean en los textos como en

el país, definiéndose o manifestándose en diferentes departamentos, ciudades y zonas: Valle, Tolima, Caldas, Risaralda, Atlántico, Santander, Guajira, la zona bananera, Bogotá, Tuluá..., el campo, la provincia, la ciudad, desde los revolucionarios clandestinos, pasando por liberales, conservadores, militares, guerrilleros, chusmeros, chulavitas, cachiporros, en fin...

De manera alusiva, a la vez que puntual, el lector se percata de épocas, tendencias políticas, partidos del gobierno u opositores, sobre todo en los textos que se organizan hasta la década del setenta, reconociendo en ellos ataques en territorio campesino, campos de concentración, enmalezados, persecución, cacería de brujas, desalojo, huelgas y matanzas. En los relacionados con la época posterior, se imponen otras formas de vértigo y zozobra, bombas intempestivas, los efectos de la nueva moral identificada en el narcotráfico, el sicariato, la narcoguerrilla y el terrorismo. La guerra y la violencia actúan como una larga pesadilla que queda en la memoria y trastoca los recuerdos, iniciándose precisamente con relatos que atañen a la Guerra de los Mil Días (Harold Kremer en Buga, Héctor Rojas Herazo en la región caribe), pasando por la matanza de las bananeras (Álvaro Cepeda Samudio), por los antecedentes y brotes de la violencia rural en Caldas (Alonso Aristizábal), por el absurdo de un color que marca el destino, que en el caso de uno de los cuentos de Nicolás Suescún, ser "rojo" es una condena a muerte; por los abusos de poder cuando "el partido sabe premiar a sus hombres de mérito" (Arturo Echeverri), por los chulavitas "que algún día desaparecerán de la tierra", pues quien no esté con el poder es juzgado como indeseable, según se colige del texto de Próspero Morales Pradilla, cuya trama se desarrolla en Santander; por los efectos devastadores de la violencia en el Tolima que llevan a esa condición errabunda del desplazado forzoso así como a la formación de la guerrilla (Alfredo Molano), por los escenarios donde se registran gobiernos militares y tensiones cotidianas que dejan ver que revolución y violencia se hermanan insólitamente (Hernando Téllez, Darío Ruiz Gómez), que la muerte se impone en cualquier plaza precedida de una orden de disparar y de "machetear", sucedida por nubes negras de gallinazos que caen sobre los cuerpos descompuestos (Policarpo Varón, Gustavo Álvarez Gardeazábal).

Si en la mayoría de los casos anotados se muestran situaciones desde los partidos tradicionales –los conservadores o los liberales– en sus relaciones o distanciamientos con el gobierno y las fuerzas militares ejerciendo la violencia, según la orilla desde la que el autor presente los hechos, la expectativa también se cubre desde la parte revolucionaria: los guerri-

<sup>7</sup> Orlando Fals Borda, "Colombia deja de ser un país campesino", *El Tiempo*, Bogotá: 31 de diciembre, 1975.

<sup>8</sup> Véase: "El puesto de policía", de *Cerco de amor* (2000), de Miguel Torres; "Un héroe de la guerra de los Mil Días", de *Celia se pudre* (1986), de Héctor Rojas Herazo; "El nuevo orden" es el tercer capítulo de *Marea de ratas* (1960), de Arturo Echeverri Mejía; "Noticias" está incluido en *Biografía del desarraigo* (1974), de Óscar Collazos; "Los soldados" es un capítulo de *La casa grande* (1962), de Álvaro Cepeda Samudio; "Templanza Lasprilla" pertenece a *La boba y el buda* (1973), de Gustavo Álvarez Gardeazábal; "Los miedos del joven Virgilio" pertenece a *Una y muchas guerras* (1985), de Alonso Aristizábal; "La procesión de los ardientes" es un extracto de *No morirás* (1992), de Germán Santamaría; y el texto de Alfredo Molano, "Estuve muerto muchas veces", es un fragmento de la historia "La travesía", de *Siguendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1989).

lleros y "chusmeros" se ocultan en caleas ante la naturaleza abrupta que amenaza tanto como el bando contrario, mientras se esconden las armas y se espera hasta que existan nuevas oportunidades (Arturo Alape, Plinio Apuleyo Mendoza), o hasta que una sombra se imponga de repente con su ruido y pida cuentas al padre que subrepticiamente llega de visita, o hasta que termine la vida de Camilo Torres, el cura guerrillero perseguido aun en su muerte por el Ejército (Álvaro Medina, Óscar Collazos). La violencia tiene muchos rostros y también hay que reconocerla en la percepción frente a alguien que "viaja por el mundo y sale en los periódicos": siguiendo los datos reconocidos y fijados no sólo en la memoria colectiva sino en la prensa de la época, el sindicalista Mercado luego de ser sometido a un proceso popular y ajusticiado por el M-19, es recreado en el cuento de Roberto Burgos Cantor entre la paradoja del amor que se vive paralelamente a su ejecución, hasta ser expuesto en un lugar visible de Bogotá. El horror de la violencia está también penetrando en el bando contrario: en los soldados sometidos, humillados y muertos al recibir tiros de gracia como si fueran manzanas (Juan Carlos Botero); en la reacción de los "hombres armados" que esperan la llegada de todos los que van al mercado del domingo para asaltarlos y cortar sus cabezas, mientras "los aviones del gobierno trazan curvas en el aire y se escucha el estruendo de las bombas", quedando sólo la procesión de cadáveres ardiendo en la memoria (Germán Santamaría).

La violencia cambia de traje, de color, de forma y de sentido hasta la inversión total de los valores en los últimos decenios. Reaparece en los símbolos patrios que pierden su carácter emblemático, el Himno Nacional, por ejemplo, para ser sólo un reflejo metafórico del tiempo: distintivo de una hora donde comienza o termina el día en un mundo de ciegos (Octavio Escobar Giraldo); reaparece también en un mundo de locura donde la vida es como un circo donde "a veces ríen, y matan", pues cada uno es una amenaza para el otro cuando todo puede peligroso, sobre todo cuando la gente está alrededor (Andrés Caicedo, Antonio Ungar); está en la cínica cacería de indigentes, más conocidos como "desechables" en la llamada "operación limpieza" (Miguel Torres, Mario Mendoza); en el padre e hijo que se apresitan a realizar un trabajo conocido como "muerte a sueldo" o sicariato (Collazos); en lo indiscriminado de la violencia y sus acciones cuando estalla en alguna ciudad una bomba o un arma es disparada desde cualquier motocicleta o automóvil conducido a toda velocidad (Pablo Montoya, Ruiz Gómez); cuando los escrúpulos se pierden y no importa ni la propia relación filial si es posible lucrarse con el exterminio del hermano con la propia mano

(Germán Espinosa); cuando la muerte hiede como una masa de cadáveres que cae en una alcantarilla negra "que se traga el presente" (Morales Pradilla) hasta concluir en una suerte de Apocalipsis que se refleja en la subversión de la misma vida doméstica, mostrando ceguera, miedo y hostilidad continuos (Suescún). La violencia, en fin, como una muerte aliterada se impone de diversas maneras y en distintos estilos narrativos, mostrándose llena de reveses y de horrores en cada época, cada obra y cada autor.

Los últimos cuentos, tan intensos como el conjunto de los 33 de esta selección, no sólo tienen una clara factura contemporánea que define la época en su espíritu y estilo, sino una muy cercana sensibilidad que linda con el surrealismo y el absurdo (el antólogo considera a los cuatro últimos "más bien surrealistas", seguramente por su carácter y factura extravagante e insólita). ¿Pero no parecen absurdos y surrealistas los hechos que recrea la literatura, no obstante el realismo que prevalecía en algunos autores de los años 60 y 70, el sentido testimonial de las historias de vida, de la narrativa alimentada con la denuncia y la exploración de experiencias urbanas, las búsquedas a través del minicuento y la narrativa que, desde diversas posibilidades temáticas y estilísticas, buscan entender el presente desde él mismo, o desde la visita constante al pasado?

Algunos de los narradores dieron o han dado testimonio de su tiempo, otros vaticinaron situaciones actuales y otros, desde su presente, miran con horror lo que fue y sigue siendo tanto en la memoria como en la vida cotidiana. Desde el ángulo de la violencia y la guerra ficcionalizadas o literaturizadas, se encuentran varias generaciones y promociones de voces masculinas hablando de lo que somos y hemos sido, según esta juiciosa selección que logra una verdadera lectura transversal de la historia violenta y sus representaciones literarias.

Toda antología es susceptible de ser interpretada como parte de la subjetividad del antólogo, quien en ocasiones se enfrenta también al capricho de los autores seleccionados, de sus agentes o de las editoriales. Algunos dirán que aunque ésta es verdaderamente selectiva faltan algunos nombres o textos. Entre la variedad de voces masculinas podría preguntarse dónde estaban las autoras mientras los hechos sucedían. No sobraría recordar que en el tránsito del siglo XIX al XX Soledad Acosta de Samper le "apostó" a la ficción y cuestionando su tiempo dejó su cuento "El crimen", lleno de interesantes planteamientos sociológicos, políticos y psicológicos que enfrentaban la violencia denunciando y testimoniando. Así mismo, en plena época de la revista *Mito* y apoyada por Hernando Téllez, Magdalena Fetty se

preocupaba por hacer conciencia del desgarramiento social, mientras otro tanto hacía Marta Traba (argentina nacionalizada colombiana) cuando a fines de los 60 exploraba realidades y metáforas de la violencia en la ciudad, así como en los 70 Fanny Buitrago o Alba Lucía Ángel expresaban con irreverencia diversas situaciones de nuestra historia y, más recientemente, Ana María Jaramillo o Laura Restrepo hacen lo propio desde terrenos que aproximan sus ficciones al periodismo investigativo y al testimonio, bien en lo individual la primera y bien en lo colectivo la segunda.

Aunque parece que nuestra narrativa no ha sido pródiga en autoras y menos en estos terrenos, el grupo selecto de narradores que supieron fijar con factura impecable horror y ternura, utopía y escepticismo, expectativa y dolor, se complementa con la edición alemana (*Hören wie die Hennen Krähen*) en la que Schultze-Kraft incluye autores de anteriores antologías: Gabriel García Márquez, Luis Fayad, Jairo Mercado, Héctor Sánchez, otros de líneas muy diversas como Tomás Vargas Osorio, Gonzalo Mallarino, Roberto Rubiano Vargas, Fabio Martínez, Evelio José Rosero, Julio Paredes, Triunfo Arciniegas, Tomás González y Julio Olaciregui, así como a las autoras Piedad Bennett, Fanny Buitrago, Alba Pérez del Río y Carmen Cecilia Suárez.

Cada antología se abre como un abanico para mostrar cuentos que "leen" una nación –como en este caso–, proyectando la perspectiva del antólogo a través del "ordenamiento" de una literatura y de sus autores. Esta no está hecha al azar ni mucho menos, pues desde el título y el prólogo se anticipa su orientación: se trata de un balance literario de la historia signada por la "violencia que sigue rampante y omnipresente en la cotidianidad colombiana". Un balance, digámoslo con palabras del cuento "Los chulavitas" de Próspero Morales Pradilla, de "quien no se asusta con el pasado, ni con el presente", aunque espera una actuación oportuna "antes de que se oiga el graznido del cuervo de Poe", como sugiere Schultze-Kraft en su prólogo. Se logra así una lectura transversal de la historia de un siglo en el que se percibe que fatalidad y muerte borran la paz, a la vez que se declara la confusión de la memoria entendiendo que a veces "se lleva la muerte en la yema de los dedos", como dice Cepeda en el sugerido relato tomado de *La casa grande*, o que la violencia es ciega y se adueña de un territorio "que defiende hasta la muerte", o que matar no es fácil, como se lee en los dos cuentos de Téllez. La muerte, *leit motiv*, desde luego, parece una hipérbole en esta antología, da órdenes casi hasta confundirse con los sueños.

Luz Mery Giraldo  
Universidad Nacional de Colombia